



II CERTAMEN DE
RELATO CORTO



CASINO DE DALIAS



GANADOR PRIMER PREMIO

Título: EN OTRO TIEMPO

Autor: Luis Auñón Muelas





Sobre el autor...


Luis Auñón Muelas nace en Albalate de las Nogueras (Cuenca), aunque actualmente reside en Xirivella (Valencia).



Tiene una gran cantidad de obras publicadas, que son:

- "Pasos del tiempo": Premio de Novela "Juegos Florales de Paterna 1.996".
- "Freya y las mil soledades": Mención Honorífica, Premio de Poesía "Ciudad de Miranda 1.996".
- "El Crimen de Cuenca": Premio de Novela "Salvador García Aguilar 1.998".
- "Dondequiera que estéis": Premio de Novela "Editorial Nadir 1999".
- "Laberinto": (Edición realizada por el Ayuntamiento de Godelleta y la Diputación de Valencia. Año 2.000)
- "El Corazón de la memoria": Premio de Narrativa "Villa de Chiva 2.000".
- "El Color de la Muerte": Finalista, Premio de Narrativa "Villa de Chiva 2.003".
- "A la sombra de los almendros en flor". Premio IX certamen de cuentos del Ayuntamiento de Pinto. Pinto (Madrid) 2.005.
- "La sota de copas" (Novela). Ediciones Ateneo Blasco Ibáñez. Valencia 2.015.
- "La flor del Yacaré" (Novela). Ojos Verdes Ediciones. Alicante 2.017.
- "El vuelo del zopilote" (Novela). Primer premio del II certamen de novela Leibros. Editorial Leibros. Alcobendas (Madrid) 2.018.
- Incluido en las Antologías: "Diciembre", "Antología de Certámenes Poéticos de Segorbe", "Retrato de Familia", "Segundo Peldaño" "Narradores Correntinos y Valencianos", "Corrientes-Valencia. Poesía Hoy", "Antología Poética El Sueño del Búho" y "Algo que decir. Volumen XXV".

Además, también realiza otras actividades como:

- Colaborador en las Revistas Literarias: "Ánfora", "Corazón de Papel", "Amigos de la Poesía" y "Nuevo Milenio".
 - Ha sido o es miembro de las Asociaciones Poéticas y Literarias: "Artes y Letras de Valencia", "Poesía del Mediterráneo", "Amigos de la Poesía", "El Sueño del Búho", "Asociación de Escritores de Castilla la Mancha", "Asociación Valenciana de Escritores y Críticos Literarios" y "Ateneo Blasco Ibáñez de Valencia"
 - Colaboraciones en Actos Literarios: Miembro de Jurado en Certámenes Literarios, Presentaciones de Libros, Pregones de Fiesta, Programas de Poesía en Radio, Lecturas y Recitales Poéticos, etc.
- 

EN OTRO TIEMPO
LUIS AUÑÓN MUELAS

(II certamen de relato corto “Casino Dalías” 2.019)

EN OTRO TIEMPO

I.— Hijos de la luna

El pueblo dormita tendido sobre la colina. Allá abajo, corre el río lamiendo la parte baja. Se enrosca como una culebra sobre cuerdas y pajares, deslizándose por el valle como una mariposa que revolotea sobre una flor dormida. Sigue su curso lento y silencioso, se aleja del pueblo hasta que se pierde en la lejanía convertido en una línea verde y gris formada por los chopos y los cañaverales de la ribera. Se deja de ver al tomar una revuelta, pero sus aguas cristalinas avanzan renqueantes hasta morir lejos de las lindes del pueblo.

Antiguamente, el pueblo no era más que cuatro casas mal distribuidas a lo largo del río, pero no donde ahora están, sino mucho más abajo, en pleno valle, hasta que llegó la riada y arrastró con ella casas y animales. Por eso vinieron a hacerlo aquí arriba, en plena colina, donde ahora está, que como dice José el Tonto, a ver si el agua sube hasta la plaza.

El pueblo antiguo lo fundaron los romanos. Y como estaba asentado en un lugar de paso, junto a una encrucijada de caminos, llegaron después los visigodos y más tarde los árabes. Todavía quedan vestigios de lo que fuera el antiguo pueblo romano y restos del viejo castillo moro en lo alto de una montaña. Como lugar de paso que era, por aquí pasaron también vagabundos y mendigos, músicos y trovadores, comediantes y titiriteros, poetas y coplistas, húngaros y gitanos, capadores y albarderos, afiladores y lañadores, y no sé cuánta gente más que llegaba al pueblo tratando de ganar algunos céntimos y un poco de comida.

Después de la riada, reconstruyeron el pueblo encima de la colina, por eso están las casas tan pegadas. En realidad, el pueblo no es ahora más que unas pocas calles estrechas con sus casas apiñadas alrededor de la iglesia. Sólo la plaza es grande y ancha con un olmo centenario en el centro,

marcado en su mitad por la hendidura que le produjera un rayo un lejano día de tormenta. La iglesia está al saliente. Tiene una veleta en forma de medio gallo, y tordos y palomas, y vencejos que la rondan los atardeceres de verano. Frente a la iglesia, al otro lado de la plaza, está la escuela. Junto a la escuela está el ayuntamiento. El ayuntamiento tiene un escudo en la pared y un balcón salido hacia la plaza con la bandera de España. Cada año, el primer día de fiesta, el alcalde se asoma al balcón y se dirige al pueblo:

–Queridos paisanos –dice–. Aquí estamos reunidos un año más para celebrar las fiestas. Sólo os pido que reine la paz y la amistad en estos días. Y no lo digo por decirlo, sino porque os conozco bien, y sé que sois brutos como arados.

Tras el discurso, la gente aplaude y grita vivas a su alcalde mientras José el Tonto patatea y ríe con su risa de idiota y mea en el tronco del olmo centenario.

Pero ya el segundo día de fiesta, los mozos habían apedreado a los del pueblo vecino y habían tirado a los músicos al pilón de la fuente, mientras José el Tonto aplaudía y berreaba, escupía y meaba a los que estaban dentro del pilón.

José el Tonto es el único hijo de la Eulalia. A ciencia cierta, no se sabe si nació tonto o se hizo después, pero desde muy pequeño se veía ya que iba para tonto y, de una forma u otra, todos sabían que acabaría en tonto.

Era hijo de su abuelo, que si no tenían bastante pobreza y hambre en la casa, llegó otra boca más que alimentar.

José preguntaba:

–¿Abuelo, quién es mi padre?

–José, tú eres hijo de la luna –le contestaba su abuelo–padre.

José se hizo un mozalbeta pidiendo limosna de puerta en puerta. Hasta que un día, alguien le dijo:

–Anda, José, deja de pedir y ponte a trabajar, que edad ya tienes.

Pero como según dice el refrán a ningún tonto le da por trabajar, y como aunque no fuera muy listo que digamos tampoco era tonto del todo, se debió dar cuenta de que aquello de pedir limosna era mejor que hincar el lomo y que con un poco más que se lo hiciera podría pasar de medio tonto a tonto del todo, comenzó a enseñar el pito a las mujeres que cosían al carasol de la tarde, a ir hasta la puerta de la escuela a insultar al maestro, a llamar fascista al alcalde y a masturbarse a la orilla del río, escondido entre los olmos, cuando las mujeres lavaban la ropa, arrodilladas frente al río.

Más tarde, empezó a ir a misa y a arrimarse al cura. Pasó de monaguillo a sacristán, y siguió viviendo del cuento sin necesidad de trabajar.

Pasaron los años. Cambiaron los tiempos y llegaron otros nuevos. En esto, llegó al ayuntamiento un joven de barba larga que dijo ser asistente social, o algo así, y que lo enviaba el gobierno de la Comunidad para ayudar a la gente necesitada. El joven de barba larga dijo que había que dar una paga al tonto. Después de esto, no le quedó otro remedio que seguir siendo tonto para que no le quitasen la paga.

Al abuelo–padre de José el Tonto lo encontraron muerto una tarde de primavera a la sombra de un nogal. Allí estaba, balanceándose sobre una cuerda como una ristra de chorizos colgada en la despensa.

Al Tonto, por hacer una gracia, le preguntaron un día:

–Dinos José, ¿qué te gustaría hacer?

Y el Tonto dijo:

–Quiero ir con la luna.

–¿Para qué, José?

–Para jugar con ella a veo veo.

–Mira, José, ¿no la ves allá arriba, enredada en las ramas del cerro? Anda, corre y cógela.

Y José corrió hasta la cima del cerro. Pero cuando llegó, la luna se había ido a otro cerro. Corrió hasta el otro cerro, pero la luna ya no estaba allí, se había ido a otro. Así pasó José la noche, corriendo de cerro en cerro, hasta que la luna se desvaneció con las primeras luces del alba y José no encontró el camino de regreso al pueblo.

II.– Hijos del odio

Toribia recorre las calles del pueblo seguida del viejo lebel. Camina despacio, en silencio, como si fuera un fantasma. Lleva unas alpargatas rotas, un vestido raído y una toca de color negro con encajes colgada sobre los hombros. Dicen, que después de tantos años encerrada en la choza, se presentó un día en el pueblo, desafiante, ufana, buscando venganza, como si quisiera desasirse de tanto tiempo de humillación y vergüenza.

Toribia es una mujer anciana. Toribia ya no atrae a los hombres. Pero en sus tiempos, fue una moza guapa y lozana por la que suspiraron los mozos más ricos del pueblo. Pero ella fue a fijarse en un joven honrado y sin fortuna, y rojo para mayor INRI.

Al marido de Toribia lo fusilaron por rojo al acabar la guerra. Y Toribia, cansada de aguantar rapados, palizas y otras humillaciones, se fue a vivir al chozo de pastores abandonado que hay a la subida de las eras y a esperar tiempos mejores. Allí vivió, sola, olvidada, sin que nadie la molestara durante algún tiempo. Vivía de un pequeño huerto y unos pocos animales que cuidaba. Hasta que una noche de juerga, en medio de una borrachera, alguien dijo que podían subir a joder con Toribia.

Aquello fue sólo el principio de lo que vendría después. Porque los hombres tomaron la costumbre de subir hasta la cueva a abusar de Toribia. Y a la mujer, sola y desamparada, no le quedó otro remedio que entregarse a los hombres sin que de su boca saliera una sola queja, ni un insulto, ni siquiera una frase de clemencia.

–Joder lo que queráis –decía resignada–. Pero por lo que más queráis, no me dejéis preñada.

La cueva de Toribia se llenó entonces de hijos. Del fondo de la cueva, surgían siempre unos ojos que brillaban en la oscuridad mientras observaban como los hombres fornicaban con su madre. Hijos que echaban a andar por el camino de las eras y se marchaban de allí apenas cumplían los doce o trece años.

Pasaron los años, Toribia se llenó de arrugas y los hombres dejaron de subir a la cueva. Una tarde de verano, Toribia vio desaparecer al último de sus hijos por el camino de las eras. Entonces, la soledad se apoderó de ella. Hasta que una mañana de domingo, cuando ya nadie se acordaba de Toribia, apareció en el pueblo. La vieron caminar calle adelante, altiva y orgullosa. Cruzó el pueblo, subió a la plaza y entró en la iglesia a la hora de misa. Todos los presentes volvieron sus ojos hacia la entrada y la miraron con asombro:

–Es una roja –dijeron unos.

–Y una puta –gritaron otros.

Pero el cura dijo:

–Es una hija de Dios.

–Que la echen a la calle –pidieron unos.

–Que vuelva a su cueva –sentenciaron otros.

Pero el cura dijo:

–Dejadla en paz.

Desde ese día, Toribia baja los domingos a misa y mendiga a la puerta de la iglesia. Hasta que una mañana, se decidió a caminar por las calles del pueblo a pedir limosna de puerta en puerta.

Entonces, las gentes protestaron:

–Es el diablo en persona. Echémosla de aquí.

Pero el cura dijo:

–Es una hija de Dios. Denle limosna.

Y como el cura es una autoridad del pueblo, la dejaron en paz y le dieron limosna.

Toribia baja ahora todas las tardes al pueblo en compañía del viejo lebré. Cruza las calles seguida por la traviesa chiquillería que corre tras ella, la llama puta y le tira piedras.

–Soy lo que vuestros padres me hicieron –dice–.

Pero los chavales continúan tras ella insultándola y tirándole piedras.

Toribia se vuelve otra vez hacia los niños:

–Un poco más de respeto, chavales, que soy la madre de vuestros hermanos.

Toribia vuelve a la cueva y llora en silencio. A Toribia ya no le duelen las pasadas humillaciones. Toribia llora porque se siente vieja, sola y cansada. Toribia mira sus manos huesudas y

demacradas y no encuentra en ellas ninguna huella de su pasada belleza. Toribia llora por el marido muerto y por los hijos perdidos por esos mundos de Dios.

Los hijos de Toribia regresan todos los años por Pascua. Llegan cargados de regalos para celebrar con ella el día de su cumpleaños. Llegan con sus estrafalarias pintas, sus gorros llamativos, sus camisas de colores y sus raras vestimentas. No entran al pueblo. Toman la senda de las eras y suben hasta el chozo donde nacieron. Toribia llora entonces, los abraza y les dice lo mucho que los quiere.

Los hijos de Toribia andan desperdigados por todas las partes del mundo. El mayor, el que es hijo del viejo alcalde fascista, vive en una chavola del suburbio de Villaverde y recoge cartones y trapos viejos por las calles de Madrid. El segundo, el hijo de Miguel el Cacique, trabaja como limpiador de cloacas para el ayuntamiento de una ciudad. Tiene un hijo camionero y otro que trabaja en un alto horno. Un hijo que está de guardia civil en el Norte y otro que es terrorista. También tiene un hijo en la Legión Extranjera, excombatiente de la guerra Vietnam, que ahora está de casco azul en Afganistán, y otro que es mercenario y nunca sabe dónde está. Y la más joven, la única chica, trabaja de puta en el barrio chino de Barcelona.

Toribia extiende un gran tablero a la puerta del chozo y come con sus hijos. Los hijos de Toribia le cantan el cumpleaños feliz. Toribia sopla y apaga las 104 velas con su boca desdentada. Sus hijos aplauden y la besan. Ella llora otra vez, los abraza y les dice lo mucho que los quiere. Ellos le piden que se venga a la ciudad. Pero ella contesta que no, que nadie la sacará ya del viejo chozo, que aquí se quedará, sola, por los siglos de los siglos, escupiendo a la gente sus miserias. Luego, les desea suerte, que sean felices. Besa a sus hijos, les añade un amuleto más al collar que cada uno lleva colgado al cuello, desfilan en orden por la senda de las eras, y hasta el año que viene por Pascua.

Toribia empina la botella y bebe hasta ahogar las pasadas humillaciones en alcohol. Toribia está borracha, sale a la noche y grita sus penas a la luna. Las montañas devuelven el eco de sus voces como si la escarnecieran. Las voces se hacen cada vez más débiles, se apagan, desaparecen, el

infierno las reclama. Toribia desciende por la cuesta de las eras y entra en el pueblo. Camina por las primeras callejuelas, escupe al pueblo, insulta a sus habitantes dormidos. De su boca aflora todo el desprecio y el odio que ha ido acumulando a lo largo de su perra vida, desde que era una niña cuando corría feliz por estas mismas calles hasta ahora que anda como sonámbula por ellas, pobre, vieja y humillada. Toribia atraviesa la plaza, baja por el callejón de las Ánimas y llega a las afueras. Cruza por el puente romano de piedra, pero se detiene cuando llega a la mitad. El pueblo sigue dormido allá arriba. Mira el agua, duda, alza los ojos, implora al cielo, piensa en el marido muerto, en los hijos perdidos por esos mundos. Mira otra vez al agua, ve su figura reflejada en el fondo, parece que la esté llamando. A lo lejos, escucha el aullido del viejo lebrél que quedó atado a la puerta de la choza. Se detiene a escucharlo, pero sólo escucha en el silencio los sonidos de la noche: el canto de los grillos, el rumor del agua, las campanadas del reloj dando su última hora. Toribia mira de nuevo al agua y cree que su figura la está llamando desde allá abajo. Avanza, sube hasta el pretil del puente, da un paso más, cae. El agua la arrastra enfurecida, su imagen se confunde ya con la figura que momentos antes quedaba reflejada en el cauce. Su silueta sube y baja, aparece y desaparece. El río la arrastra, la mece, la abraza con sus innumerables brazos, va borrando de su mente todos los años de dolor, humillación y vergüenza. Pero Toribia se afierra con uñas y dientes a la vida. Se agarra con fuerza a las cañas de la orilla, grita desgarradamente, pide socorro. Pero su grito se pierde en la noche y sólo el viejo lebrél responde a su llamada. El agua bambolea su cuerpo sin vida de lado a lado del cauce. Toribia se aleja del pueblo, el agua se la lleva, la arrastra el río en sus infinitos brazos, se hace cada vez más pequeña, desaparece para siempre, hasta que no queda de ella más que su fantasma vagando por las calles y su espíritu ascendiendo en la noche, desvaneciéndose como el humo por encima de los tejados.

Nadie supo por qué Toribia no acudió a misa aquel domingo, ni tampoco por qué no se la vio más arrastrando el pordiosero saco por las calles. Toribia no bajó al pueblo aquel domingo, ni tampoco al otro ni al otro. Algún tiempo después, se vio al viejo lebrel vagando por las calles, flaco y hambriento, buscando desperdicios entre las basuras. Nadie supo de la muerte de Toribia. No la buscaron por ninguna parte. Nadie la encontró. Sólo su imagen con el saco al hombro quedó prendido por algún tiempo en el recuerdo, hoy ya casi borrada de la memoria de los lugareños.

Como cada año por Pascua, llegan los hijos de Toribia para el cumpleaños. Vienen cargados de regalos y traen para celebrarlo una gran tarta y ciento cinco velas. Suben por la senda de las eras y se acercan a la cueva. ¿Por qué no humea la humilde chimenea? ¿Por qué no sale su madre a recibirlos? ¿Por qué ese silencio eterno sobre el valle? La cueva está cerrada. Sólo el viejo lebrel asoma el hocico tras unos riscos, viene a su encuentro moviendo el rabo, husmea, se acurruca a sus pies.

Los hijos de Toribia lloran la ausencia de la madre. El viejo lebrel aúlla, pero no entienden el lenguaje de los perros. El río ruga allá abajo también, pero no saben que a su madre se la tragó el río. Los hijos de Toribia comen solos y en silencio. La recuerdan. Hablan de su perra vida, de su perra suerte y de la de ellos. Miran a lo lejos los campos de infinitos olivares, el pueblo en calma sobre la colina, el color rojizo de la tarde muriendo tras las montañas. Y lloran. Gritan su nombre, pero sólo el eco les responde. Allá, en lo alto del otro promontorio, el pueblo dormita. Antes de que llegue la noche, recogen su cosas en silencio, buscan los últimos recuerdos de la madre que todavía se conservan en la cueva: una bandera republicana, un viejo reloj que perteneció al marido muerto, un collar con las cuentas de marfil colgado de la repisa de la chimenea; y descienden otra vez por el camino de las eras. Se marchan en silencio, sin volver la vista atrás, sin hacer caso a los aullidos del viejo lebrel. El chozo de Toribia queda atrás, desaparece a sus espaldas al tomar una revuelta de la

senda. Se alejan sin ápice de odio hacia su funesta niñez, despacio y en silencio, como una extraña procesión. Llegan al final del camino. A sus espaldas las sombras se alargan y acrecientan, se confunden con los otros espectros del crepúsculo. Giran a la derecha, dejan el pueblo a un lado, salen a la carretera y se alejan de allí para siempre.

III.— Hijos de Dios

Llegó al pueblo una tarde de domingo a principios de la primavera. Puertas y ventanas se abrían a su paso y las gentes se asomaban a la calle para verlo pasar.

—Es joven —dijeron los hombres.

—Y guapo —pensaron las mujeres.

Los hombres lo observaron con envidia. Las mujeres clavaron en él sus ojos y abrieron sus corazones que comenzaron a latir por la juventud y la belleza del nuevo confesor.

Entró a pie en el pueblo seguido por la música, arrastrando una larga sotana por el polvo de las calles. Era joven y guapo, pelirrojo y con algunas pecas en la cara. Llevaba un sombrero negro de ala ancha y vestía una larga sotana hasta los pies. La banda tocaba por las calles y los niños bailaban

al ritmo de la música. El pueblo rebosaba paz y felicidad como un claro presagio de la paz y la felicidad que el nuevo confesor traería al pueblo.

Pocos años después, en el pueblo comenzaron a nacer niños pelirrojos con pecas en la cara.

El día de la fiesta mayor, el cura subió al púlpito ataviado con las mejores vestiduras bajo la casulla bordada en oro y se dirigió al pueblo:

–Queridos feligreses –dijo–. Ya sé lo que se murmura por ahí. No digo que no sean míos algunos de esos niños, pero, ¿todos?

Bajó del púlpito, acabó la misa y se fue a casa del ama a tirar de veta.

El ama era una viuda cuarentona, todavía de buen ver, que ya de soltera había tenido fama en el pueblo de “echá pa lante”. Apenas vio al padre, se dijo:

–Éste es para mí.

Y como el buen hombre tenía que hospedarse en algún sitio y no le encontraron otro mejor, lo entraron a casa de la viuda. Y allí quedó. Y la verdad es que no hubiese estado mejor en otro sitio.

Quizá el cura no pensara entonces que aquello pudiera ser así, ni imaginaba que los acontecimientos se desarrollaran de la forma que lo hicieron. Pero cuando se vio asediado por las mujeres, debió de pensar que lo mejor para quedar a bien con unas y con otros sería darles lo que pedían, que para eso era el cura y estaba allí para llevar la alegría y la felicidad al pueblo, y la paz al espíritu de sus feligreses.

Aún estaría aquí, dando bendiciones y repartiendo amor, sino hubiera llegado al pueblo un herrero alto y fornido, de hombros anchos y fuertes músculos, pero al mismo tiempo inculto y bruto como él sólo, analfabeto, patán y medio tartamudo, casado con una joven tan guapa y lozana que hasta los viejos que sesteaban al caracol de la tarde levantaron la cabeza y se volvieron a mirarla.

Había pasado ya algún tiempo desde que el nuevo herrero y su mujer se instalaran en el pueblo cuando, una tarde de domingo, el hombre bebía solo, apoyado en el mostrador del bar, con los ojos muy chispeados por el vino, mientras el cura jugaba la partida de dominó con el alcalde, el maestro y el secretario en una mesa cercana. Cuando acabó la partida, el cura se acercó al mostrador a pagar la cuenta. Entonces fue cuando el herrero lo abordó:

—¿Es verdad que follas a mi Engracia?

El cura retrocedió unos pasos, sorprendido. Nunca hubiera imaginado que alguien fuera capaz de decirle lo que aquel hombre le decía. Pero se repuso al momento y supo frenar las iras del herrero.

—Por favor, señor Aurelio, ¿usted sabe lo que dice?

—Claro que lo sé, señor cura —contestó el hombre indignado.

—Señor Aurelio, soy un siervo de Dios. Sus palabras le ofenden a él tanto como a mí. Está pecando contra Dios.

—Pues la gente dice, señor cura, que usted ...

—La gente es mala, Aurelio. No haga caso de la gente.

Y ya se disponía a salir cuando el herrero lo sujetó por la sotana a la altura del pecho, lo alzó en el aire como si fuera un pelele y le dijo:

—Pero si es verdad que follas a la Engracia, le juro que le pongo encima del yunque y le corto el cuello con el hacha.

Nadie supo por qué se fue del pueblo aquel cura tan querido. El caso es que pidió el traslado y se marchó dejando el pueblo llenó de hijos, al ama con el corazón destrozado, a las mujeres suspirando por el amor perdido y a sus feligreses a la buena de Dios. Se marchó una mañana de

madrugada para que nadie lo viera, sin músicas ni bailes. Pero todavía hay quien piensa que por muchos curas que vengan al pueblo ninguno será como él.

IV.– Hijos del amanecer

Antonia la del Julián se casó un lunes de madrugada, antes de amanecer.

–Para ocultar sus vergüenzas a la luz del día –dijeron unos.

–Para que nadie vea que no llega vestida de blanco al altar–dijeron otros.

–Para que no se note el abultado vientre –comentaron dos o tres viejos que estaban apoyados sobre el olmo de la plaza.

De nada sirvió que la boda fuese de madrugada, porque el pueblo entero salió aquella noche a la plaza para no perderse detalle.

Antonia era la única hija de Julián, un hombre pobre pero honrado. Era joven y guapa, por eso fue a fijarse en ella el viejo cacique, putero y todavía solterón. Después de dejarla preñada, pensó que no haría mala boda, ahora ya a sus años, viejo y cansado, tomando por esposa a una joven tan guapa.

Por su parte, Antonia estaba también de enhorabuena, tomaba un buen partido, se casaba con un mozo rico, sin importarle que fuera viejo ni su fama de putero, ya le haría cambiar ella. Pues Antonia se decía una y otra vez que si de algo le serviría su juventud y belleza y la diera por bien

empleada, sería para hacer fortuna. Porque si él tenía fortuna, ella tenía una cara bonita, un cuerpo celestial y una sonrisa luminosa.

Aquella madrugada de otoño, el pueblo entero esperaba a la puerta de la iglesia la salida de los novios. Ni ruidos ni fiestas. Ni vivas ni estallidos de cohete. Aún no había amanecido, por eso se escuchó el canto del búho a lo lejos. Pero el cielo se hacía ya cada vez más azul y las estrellas se iban retirando cuando los novios salieron de la iglesia. Cruzaron la plaza en silencio y se fueron a su casa cuando ya amanecía. Las gentes también se retiraron y las calles quedaron vacías. Sólo entonces, un cuervo cruzó la plaza y alguien dijo que ése era un pájaro de mal agüero y que aquello era un signo inequívoco que traería la desgracia a los recién casados.

Miguel, el viejo cacique engreído, y hasta entonces solterón, acostumbrado como estaba a sus correrías, a tomar como suyo todo lo que se le cruzara en el camino y a que todo el campo fuera orégano, no era fácil que cambiara y abandonara la vida que hasta entonces había llevado. A pesar de los esfuerzos de Antonia por retenerlo en casa, continuó llevando la antigua vida de soltero que durante tanto tiempo llevara. Y mientras Antonia esperaba en casa la vuelta del marido, Miguel se entregaba a su antiguas correrías, y los chismes corrían ya de boca en boca en las largas trasnochadas de aquel lejano y frío otoño cuando las comadres murmuraban mientras hacían calceta alrededor del fuego de la lumbre.

Una madrugada, cuando Miguel aún no había regresado a casa de una de sus juergas, Antonia salió a la calle y caminó hasta el cruce de caminos. Dudó entre tomar un camino u otro, hasta que llegó a la conclusión de que era igual el camino que tomara. Tomó uno al azar y continuó caminando. Avanzó sin volver la vista atrás, arrastrando a duras penas su abultado vientre, segura de lo que hacía y de que nunca más volvería al pueblo. Algunas nubes huían en desbandada por el cielo. Después, la luna se escondió y asomó el sol tras la colina. Apresuró el paso antes de que Miguel regresara a casa y saliera en su búsqueda. Caminó sin rumbo, con la intención de alejarse del pueblo cuánto antes, hasta que el sol se posesionó y el día se apoderó completamente de la noche. Sólo

entonces, cuando consideró que estaba ya lo suficientemente lejos como para que Miguel no la encontrara, se desplomó sobre la hierba y lloró amargamente.

Pasó el tiempo sin que se volviera a saber nada de Antonia ni del hijo que crecía en sus entrañas. Algunos años después, el hijo de la Gregoria, que estaba haciendo la mili en un cuartel de artillería, contó que le pareció haberla visto en un bar de putas de la capital; pero que desapareció al momento y ya no la volvió a ver a pesar de que volvió otros días por allí. Aunque puede que no fuera ella, dijo, porque sólo la vio un instante. Y ante las amenazas de Miguel, le confesó que no, que no podría asegurar con absoluta certeza que fuera ella, que tal vez estaba equivocado.

A ciencia cierta, nadie supo lo que guardaban de verdad las palabras del hijo de la Gregoria. Pues hay quien dice que eso lo inventó para vengarse de las relaciones que el viejo cacique mantuvo con su novia mientras él estaba en el cuartel.

V.– Hijo de nadie

A Manuela, la hija del molinero, la preñaron un día de luna llena sobre los riscos de la hoz. La moza no dijo nunca quien era el padre. Por eso corrieron tantas habladurías acerca de la presunta paternidad de aquella criatura endeble, de ojos tristes y cabellos lacios, que correteaba entre los cerezos del huerto y jugaba a la puerta del molino. Y que, cuando se hizo un mozalbete, le gustaba perderse por las soledades del río a tocar la guitarra bajo la tupida chopera de la orilla o apoyado en el borde de la balsa, junto a los bocines del molino. Había quien decía si era hijo de Miguel, que aún seguía haciendo de las suyas, y que desde que se le fue la Antonia de puta a Madrid andaba desesperado persiguiendo a toda doncella que se le cruzara en el camino. También se decía si era

hijo de tal o cual afilador que pasó alguna vez por el pueblo. Y hasta hubo quien dijo que era hijo de Iscariote, el pastor analfabeto y rudo que cada tarde sacaba su descomunal miembro y se masturbaba apoyado en la pared del molino. Se le atribuyeron padres sin motivo alguno, sin que a ciencia cierta se supiera quien era el autor de la fechoría. La versión más creíble, sin embargo, era, que una noche de verano, cuando terminó en la plaza la función de los titiriteros, Manuela se fue por el camino de la Hoz con aquel muchacho de ojos tristes y cabellos lacios que tenía una voz tan dulce y cariñosa que tuvo embobada a Manuela durante toda la noche, como si se lo comiera con los ojos mientras escuchaba sus canciones. Según se cuenta, a nadie le extrañó que Manuela, que para entonces ya había dado mucho que hablar en el pueblo, se perdiera con el titiritero por el camino de la Hoz, como a nadie extrañó el enorme parecido del muchachito con el padre. Todo lo demás, no eran más que ganas de liar la madeja y de echar culpas a quienes no la tenían.

Dicen si fue sobre los riscos de la Hoz.

Cuentan que el titiritero le dijo:

—¿Te vendrías conmigo a cualquier parte?

Y Manuela contestó:

—Contigo, a cualquier parte.

El titiritero le hizo falsas promesas, le prometió llevarla con él a alguna parte, los dos solos, siempre juntos, y que ella quedó mirando al titiritero, como alelada, y que sólo consiguió entreabrir un poco los labios, pero no dijo nada, sólo fue como una invitación para que el joven la tomara.

A la mañana siguiente, el circo se marchó de madrugada. Con él iba el joven titiritero dejando a Manuela con aquella semilla que crecía ya dentro de su vientre. Durante mucho tiempo, Manuela se sentó cada tarde a la puerta del molino a ver si el joven de ojos tristes regresaba. Pero el titiritero no volvió jamás.

Carlos creció jugando entre los cerezos del huerto, persiguiendo el vuelo de rítmicas libélulas y multicolores mariposas, cazando lagartijas por las tapias del molino y jugando a hacer eco sobre aquellos mismos riscos sobre los que un día el titiritero aprisionara a su madre y lo concibieran.

Era un niño muy inquieto. Por eso su madre no cesaba de reñirle:

–Hijo, no subas a los árboles.

–Hijo, no te revuelques por la tierra.

–Hijo, no te pelees con los otros muchachos.

–Hijo, mira que somos pobres.

–Hijo, mira que no tienes padre.

–Hijo, mira que no tenemos para comprarte más pantalones.

Pero Carlos contestaba:

–Madre, me gusta subir a los árboles, revolcarme en la tierra y bañarme en la balsa del molino.

Cuando fue mayor, Carlos le dijo:

–Madre, quiero una guitarra.

Y aunque eran pobres, su madre le compró la guitarra.

Carlos aprendió a tocar la guitarra, a dar serenatas bajo los balcones floridos de mozas lozanas y a cantar canciones a la luz de la luna.

–Este chico tiene madera de artista –decían los cuatro viejos que tomaban el sol junto a las tapias del molino mientras el chico cantaba.

–Tiene la misma voz que su padre.

Y la madre continuó manejando el molino, haciendo girar la rueda, envasando harina, pero con la mirada perdida siempre en la lejanía, esperando a que el titiritero regresara.

El chico creció y se convirtió en un mozalbete alto y espigado. Hasta que un día le dijo a la madre:

–Me marchó del pueblo.

–¿Por qué? –preguntó la madre.

–Quiero ser cantante.

Manuela le preparó el hatillo con sus cosas y le dio algún dinero. Y Carlos salió al mismo camino por el que un día se marchara su padre para no volver, con el hatillo al hombro y la guitarra en bandolera.

Dicen que Manuela, vieja y consumida, todavía sale cada tarde a sentarse a la puerta del molino a esperar a que los dos regresen.

VI.– Hijos de Adán y Eva

El espíritu de Toribia se levanta del río y vaga por las calles del pueblo. El viejo lebrél que la olisquea en el aire se enfurece y lanza al viento su aullido lastimero. Su lamento rasga la noche, las nubes se abren y empieza a llover a mares. El río ruge allá abajo como un lobo enfurecido, se sale del

cauce, arrastra a su paso los corrales y pajares de la parte baja como un día arrastrara el antiguo pueblo romano.

José el Tonto grita desde la Luna. José grita y llora sin saber por qué, luego aplaude y patalea de alegría sin que tampoco sepa por qué, y mea desde allá arriba como meaba en el olmo de la plaza el día de la fiesta mayor. La luna proyecta tristemente la figura de José sobre el pueblo en sombras, traza sus formas invisibles sobre el perfil de las calles, corren calles abajo arrastradas por el agua hasta que desaparecen engullidas por el río.

Llueve a mares. El pueblo dormita oculto bajo la lluvia. Con la tormenta, se apagan las luces de las calles y el pueblo queda a oscuras. El viento sopla con un ruido ensordecedor doblando árboles, arrastrando hojas caídas. Por encima del furor del viento se escuchan todavía palabras, voces, gritos, ayes, quejas y lamentos que se pierden en la noche. Antonia, arrebujada en una capa, corre por el pueblo buscando un lugar donde refugiarse de la tormenta. Llega a la casa, llama a la puerta, le suplica a Miguel que la perdone. Pero Miguel no quiere abrirle y le dice que ya no la necesita, que mujeres como ella tiene todas las que quiere, las tiene a patadas todavía, que vuelva de puta a Madrid. Antonia grita, dice que es una mujer honrada. Antonia corre, el viento la levanta por los aires, huye del pueblo, desaparece arrastrada por el viento y la lluvia. El espíritu de Manuela la Molinera también vaga por el pueblo, lanza su lamento al viento, llama de puerta en puerta, pregunta si alguien ha visto al titiritero, si alguien sabe que fue del hijo que engendraron sobre los riscos de la Hoz, si es verdad lo que se dice de que canta en un cabaret de la ciudad. El espíritu del titiritero se acerca, la abraza, le pide que la perdone, que volvió por ella y que nunca más se irá.

Esta noche de tormenta, todos los hijos de Dios deambulan por las calles, que con tanto muerto viviente vagando por el pueblo parece Comala; aunque no sean hijos de Pedro Páramo sino de un cura pelirrojo con pecas en la cara que como él no hizo por ellos sino hacerlos bautizar.

Llueve a mares sobre el pueblo en sombras. La vieja Toribia recorre las calles con su saco al hombro. Los niños la persiguen, la apedrean y la llaman puta. La banda toca por las calles tras un

cura pelirrojo con larga sotana y sombrero negro de ala ancha mientras los niños bailan al ritmo de la música y hombres y mujeres se asoman a puertas y ventanas.

Los hijos de Toribia vagan por el pueblo con el féretro de la madre a hombros. Preguntan quiénes son sus padres, exigen explicaciones del por qué de su perra vida, del por qué la condenaron a aquella mísera existencia. Los hijos de Toribia caminan con dificultad, se abren paso entre el viento y la lluvia, salen del pueblo, cruzan el puente de piedra sobre el río y llegan junto a las tapias del cementerio. Allí se detienen, dejan el féretro en el suelo, en el mismo lugar donde fusilaron al marido de su madre para enterrarla junto a él. Allí la entierran, en el muladar donde lo enterraron a él, el muladar donde entierran a los rojos y a los suicidas.

Llueve a mares. El cielo descarga toda su ira sobre el pueblo como si de un castigo divino se tratara. Truenos, rayos, gritos, voces. Gritos y voces que ya no se sabe de dónde vienen ni quiénes las pronuncian. Gritos y voces que se confunden con el ruido de la lluvia en los tejados, sobre las calles, sobre la torre de la iglesia, sobre el olmo centenario... El reloj de la torre da la última hora.